



Cómo se prepara a los combatientes

Un instructor de la Escuela Militar de las Juventudes Socialistas Unificadas enseña a una muchacha el manejo de las armas

(Véase en el interior del número una información sobre esto)

(Fot. Videca)

Miércoles, 9 de Diciembre de 1936

AÑO XXVI
Número 1310
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID



mundo gráfico



La lucha bajo la inclemencia de Diciembre



← Los combatientes han de avanzar sobre los caminos encharcados por las lluvias

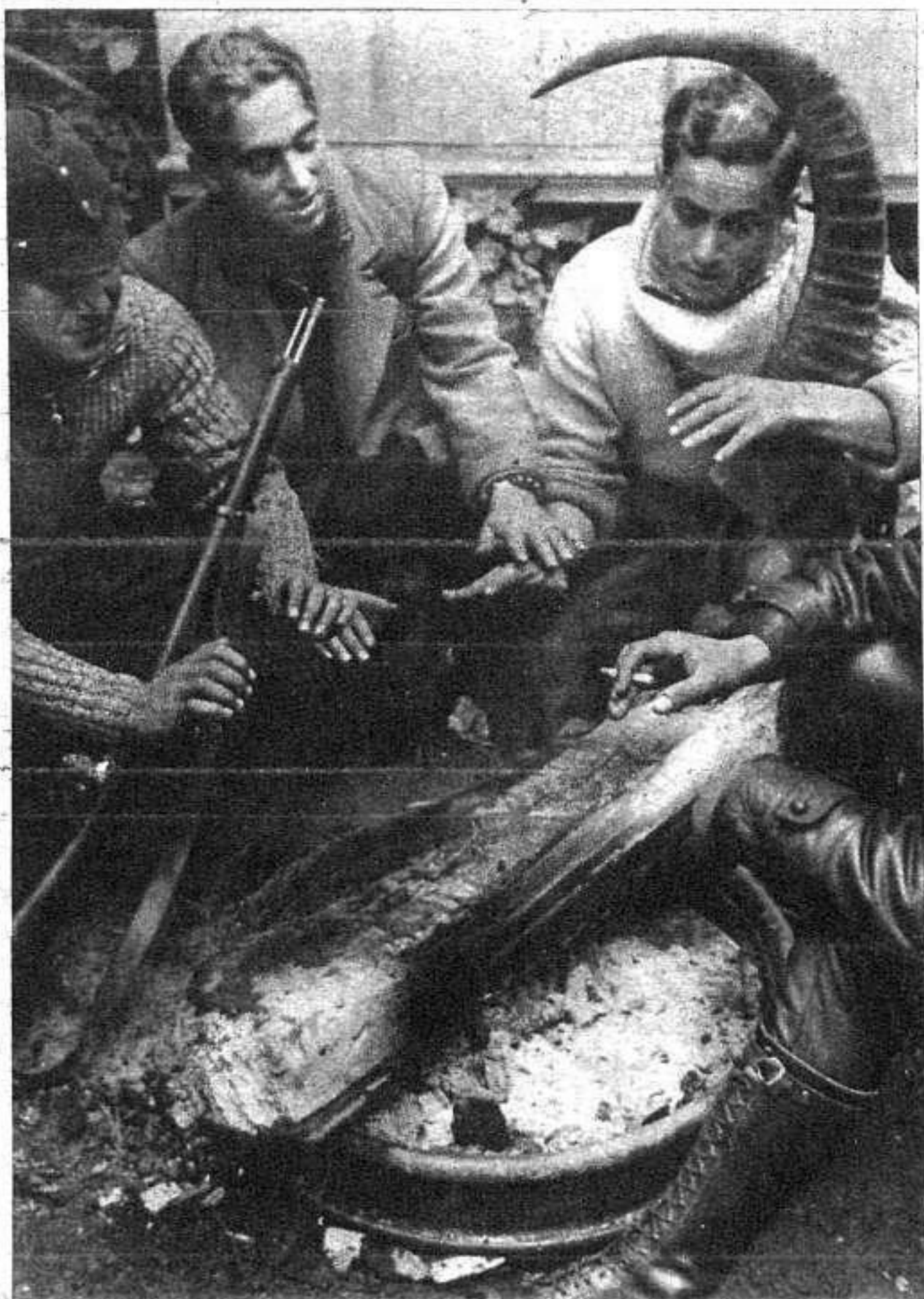
↑ Un convoy a la salida de un túnel, en el corazón de las montañas aragonesas, cubiertas ya por la nieve

↓ Un puesto de vigilancia en las blancas cumbres de Aragón
(Fots. Torrents)

↓ La observación del horizonte a última hora del día, bajo un triste cielo de tormenta



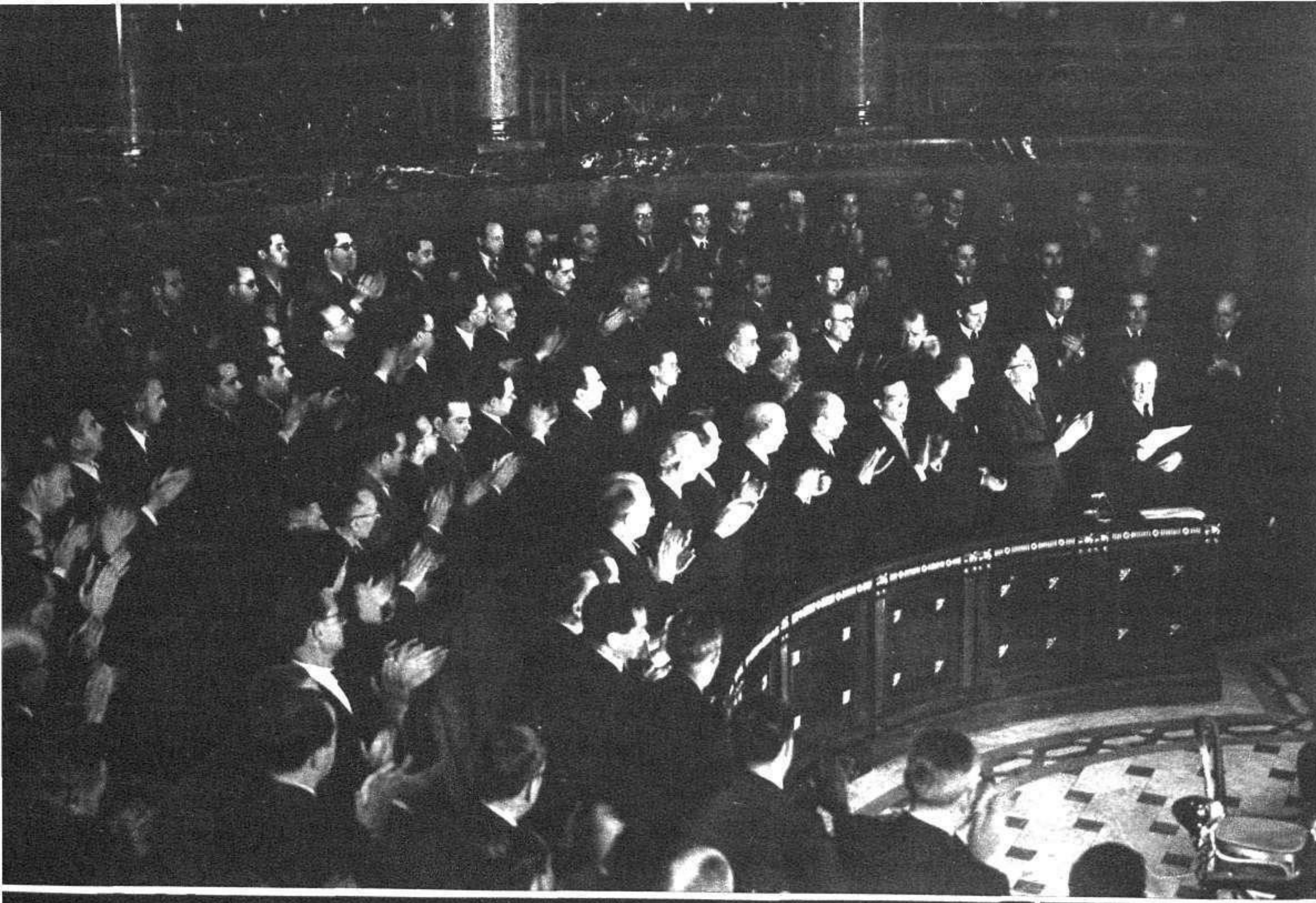
PAUSAS DEL COMBATE



Ha cesado el fuego. Y mientras se prepara la comida en las cocinas de campaña, algunos combatientes se amparan del frío de Diciembre agrupándose en torno al grueso tronco encendido...

Pausa en el combate. Un miliciano se lava las manos en un riachuelo formado por la lluvia junto al parapeto. Dos muchachos juegan a las damas. Otro combatiente se cose un botón desprendido de la guerrera. Pequeños quehaceres mientras llega otra vez el momento de empuñar el fusil.

(Fots. Torrents, Albero y Segovia y Díaz Casariego)



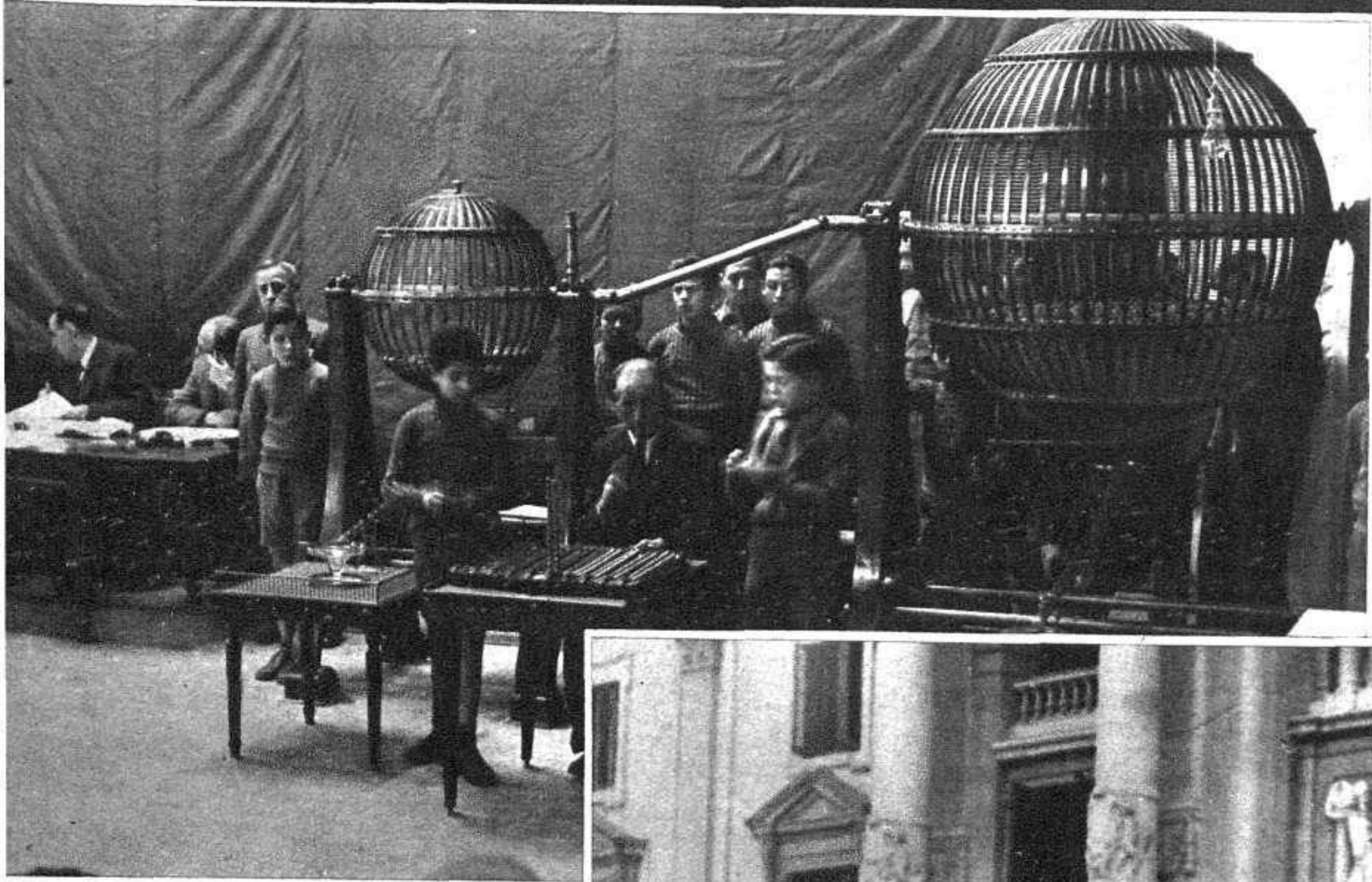
Los ministros y los diputados, puestos en pie, aplauden el discurso pronunciado por el jefe del Gobierno en el acto de reapertura del Congreso, celebrado en el Ayuntamiento de Valencia

Don Diego Martínez Barrio, presidente de las Cortes, en un momento del discurso que pronunció en la sesión de reapertura del Congreso



VALENCIA

y su nueva vida oficial



Por primera vez, desde su fundación, se ha dejado de celebrar en Madrid el sorteo de la Lotería Nacional. He aquí un momento del último sorteo, celebrado también en Valencia



El público, ante la fachada del Ayuntamiento, presencia la llegada de los ministros, que van a asistir a la sesión de reapertura de las Cortes (Fots. Luis Vidal)



Cayetano Redondo en su despacho de la Alcaldía de Madrid

(Fot. Videal)

Cayetano Redondo, el alcalde de la defensa de Madrid

QUIEN haya visto a Cayetano Redondo al frente de la Redacción de *El Socialista*, en una época tan difícil para la publicación del diario obrero como la de la dictadura del general Primo de Rivera, sabe que no es la ambición de una notoriedad política, ni la codicia de una alta distinción jerárquica, la que le hizo sentarse en el sillón presidencial del Ayuntamiento, demasiado grande para su constitución física, más grande aún para su natural modesto, aunque lo llene totalmente su inquietud y su deseo de representar dignamente a los hombres de su partido y de ser útil al pueblo de Madrid. Porque aquella labor de gran periodista, que a tantos compañeros de profesión habría envejecido, Cayetano Redondo la realizó con el semblante despreocupado y la expresión desenfadada de un camarada más entre sus camaradas, a los que, para hacérsela menos visible, envolvía en campechanía bondadosa su misma superioridad profesional.

Fué en los primeros días del ataque a Madrid cuando el derrotismo aprovechó aquella circunstancia con la que había que haber contado, con la que habían contado casi todos sin desmayar, para producir en algunos ánimos pocos firmes la irresponsabilidad del miedo...

—En mi despacho de la Tenencia de Alcaldía de la Universidad recibí por teléfono la orden del gobernador de comenzar a actuar como alcalde. Yo no he ambicionado nunca ningún cargo—dice Cayetano Redondo—, y en esta ocasión, el cargo de alcalde de Madrid no es para que nadie lo ambicione... Pero los socialistas somos, ante todo, hombres disciplinados, y no iba a quebrarse en mí esta norma de disciplina de los socialistas.

Cómo se trabaja en el Ayuntamiento de Madrid

—¿Qué problemas encontró usted planteados a su llegada a la Alcaldía?

—Los mismos que tenemos planteados hoy. Porque no son problemas que tengan remedio por un cambio de nombres, sino por una modificación de las circunstancias. Los problemas que plantea la guerra y sólo resuelve la victoria. El más grave, el de la falta de ingresos y el aumento de gastos. En el momento actual, en el Ayuntamiento no entra dinero, y ha de salir mucho dinero del Ayuntamiento. Sólo de suministro de víveres a hospitales, establecimientos de asistencia social, refugios y otras instituciones de utilidad pública relacionadas con la guerra, tenemos un gasto de más de cincuenta mil pesetas diarias. Otro problema que sobrellevamos como organismo auxiliar del Consejo de Defensa de Madrid, que es actualmente el Ayuntamiento, sin dejar de ser la institución local que le da nombre, es el del abastecimiento de la población. Pero a todo atendemos y todo irá saliendo adelante, cada vez de una manera más desahogada, en cuanto de nuestra mejor voluntad o de nuestros más resueltos esfuerzos dependa.

—¿Cómo intentan ustedes proveer a Madrid de aque-

llos productos de los que existe actualmente alguna escasez en los mercados?

—En tiempos de guerra no se puede pedir abundancias. Pero Madrid tendrá de todo. A diario hay huevos en todas las expendedurías; también a diario se mata ganado en los mataderos particulares que existían en las afueras de Madrid, con cuyos locales se han sustituido provisionalmente los del Matadero Municipal. En el Retiro tenemos encerradas varias cabezas de ganado, que irán siendo sacrificadas a medida que las necesidades del consumo lo requieran. Claro está que esta carne debe ser destinada, preferentemente, a los hospitales de sangre y a las unidades combatientes que, por pagarlo con moneda de sacrificio, son los que tienen hoy, ante la conciencia de todos los madrileños, mayor derecho de adquisición. La dificultad aquí, para continuar el aprovisionamiento, consiste en que, ocupados ya esos vagones, carecemos de otros con los que seguir transportando, desde los puntos de origen, grandes volúmenes de producción. Y a vencer esa dificultad vamos, mediante la instalación, en aquellas estaciones próximas a la nuestra, de depósitos auxiliares, en los que puedan ser descargados aquellos vagones para utilizarlos en nuevos transportes de carga.

Cayetano Redondo va atestiguando con cifras exactas cada una de sus declaraciones. Porque sobre su mesa de trabajo, en legajos, en carpetas, en hojas sueltas, está palpitando, minuto a minuto, toda la realidad de Madrid.

—Hay que evitar también, en cuanto sea posible, el quebranto que haya que causar en la ganadería con el sacrificio de reses. Y ya estamos en relación con los agregados comerciales de las representaciones diplomáticas de algunas Repúblicas americanas en Madrid para la adquisición de carne congelada, en magníficas condiciones, que permitirá su consumo por el pueblo madrileño, a precio mucho más bajo que el de la carne de nuestros mataderos y con todas las garantías de calidad y conservación.

También habrá carbón en la cantidad necesaria. El alcalde asegura que sólo hay que esperar a que los vagones estacionados ahora con otras mercancías, cerca de Madrid, queden disponibles para transportar a la capital la producción intensificada del mineral de Puertollano y de los carbones de madera de encina, brezo y nogal, de Cuenca.

El Ayuntamiento de Madrid, en servicio permanente

El alcalde de Madrid permanece en su despacho oficial. Con él—y no «además», sino «con él», en un mismo tesón y con una misma confianza—están los concejales Talanquer, Henche, Besteiro, Fernández Quer, Carrillo, Celestino García Santos, Trifón Gómez—el «gran dispensero» de Madrid, a quien debemos todos los madrileños la comida de cada día—, Rafael Sánchez Guerra, Jenaro Marcos, Flores Valles, Pelegrín, Alberca Montoya y Regúlez...

—Rivalizando todos en una labor entusiasta, tensa, sin que decaigan las energías un solo instante—elogia el alcalde en sus compañeros—, para la mejor atención a las necesidades de la capital.

Del personal del Ayuntamiento hace también el alcalde expresivos elogios.

—Cada uno en su puesto, los funcionarios municipales no esquivan una molestia, ni se resisten a ningún renunciamiento en cuanto pueda ser beneficioso para el vecindario. Pero yo quiero—añade—hacer especial mención del Cuerpo de bomberos, siempre dispuesto a acudir donde se le reclame, sin titubear ante los más graves riesgos, que ha sufrido ya sensibles pérdidas en sus efectivos, en sus actuaciones recientes, que le han costado muchos heridos y veintidós muertos. Y el Cuerpo de la Guardia Municipal, cuya misión peculiar de policía urbana se cumple ahora, alternativamente, con funciones casi militares, a las que cada uno de sus hombres responde con fidelidad absoluta. Un comportamiento del que ellos pueden enorgullecerse y que también me enorgullece a mí. Porque en todos ellos me parece ver a mi padre, que también fué guardia municipal. Y así, hoy, mi madre, su viuda, es pensionista del Ayuntamiento, del que cobra una pensión de cuarenta pesetas mensuales.

Se emociona el alcalde. Y sonríe para encubrir su emoción.

Un episodio de la defensa de Madrid

Apenas se produjo el movimiento de Julio ingresó como voluntario en el ejército popular. Dejaba el martilleo de la máquina de escribir, en la tranquilidad de una oficina, por el tableteo de la ametralladora, en la inquietud del frente de combate. El había preferido la paz a la guerra. Pero ya la paz o la guerra no eran cuestión de preferencia. Y con la columna Mangada ganó los galones de sargento en repetidas acciones de juvenil impetuosidad.

Cuando la presión del enemigo se hizo más fuerte sobre Madrid, a Madrid vino formando parte de su columna. En el Puente de los Franceses se reñía uno de los combates más duros por la posesión de la capital. Un miliciano se hacía firme en uno de los puestos más avanzados, bajo una espesa cortina de metralla. Se veía que le estaba cercando la muerte. Y aquel hombre tenía mujer e hijos... «¡Quita de ahí, tú!», le ordenó la voz del sargento, mientras una mano segura le arrastraba del lugar del peligro. Poco después, el fuego enemigo hacía callar un fusil que empuñaba el sargento en el mismo lugar. ¡Habían matado a Paco Redondo!

Cuando la noticia llegó al Ayuntamiento, la mano del alcalde se crispó de rabia, y sobre aquellos problemas municipales que se le amontonaban en la mesa, sus ojos se nublaron de dolor... Pero fué solamente un instante. Porque aquella muerte le obligaba, más que a decaer, a mantenerse erguido en la defensa de Madrid. ¡Para que no hubiera sido estéril el sacrificio de la vida del sargento Paco Redondo, que así parecía haberle querido dar ejemplo a su padre de cómo sólo con la muerte se podía dejar a Madrid indefenso!

Y su padre, Cayetano Redondo, tenía que ser, lo está siendo, el alcalde ejemplar de la defensa de Madrid.

JOSÉ ROMERO CUESTA



El sargento Paco Redondo, de la columna Mangada, que, mientras su padre, Cayetano Redondo, desde la Alcaldía, organizaba los servicios municipales de la defensa de Madrid, caía en la misma defensa, en uno de los frentes de la capital



Como se militarizaron las primeras unidades de combatientes, se han militarizado ahora los grupos de trabajadores que se dirigen a las obras de fortificación en los frentes de lucha

Las herramientas de la paz que se cambiaron en útiles para la guerra

En Madrid se ha formado el primer Batallón de Fortificaciones por obreros de la Edificación

COMO hubo que organizar un ejército con el que sustituir el coraje desordenado con que combatían las Milicias en los primeros días de la guerra civil, hay que organizar ahora las unidades de trabajo en la guerra; en sustitución de las patrullas voluntarias que, sin un plan, acudieron apresuradamente, apenas se acercaba a Madrid el enemigo, a fortificar las inmediaciones y los barrios extremos por donde más probablemente pudiera intentarse el ataque.

Los mejores deseos no sirven, sin una dirección técnica, más que como una expresión de la voluntad. Y a dar a la defensa de Madrid esa expresión sirvieron ya los brazos de aquellos zapadores improvisados entre obreros de la industria, empleados de oficinas, trabajadores de profesiones liberales y mujeres y chiquillos que, cada uno en un esfuerzo tenso, se aprestaron rápidamente a endurecer el rostro de la ciudad sin lograr más que manifestar un estado de ánimo que, si podía estimarse como signo de identidad con los combatientes por el Gobierno de la República, no bastaría a prolongar la resistencia frente a los atacantes sobre lo que el tesón heroico del muro humano de soldados leales pudiera resistir.

Madrid necesitaba otras construcciones defensivas. Y ya se está organizando el ejército de la fortificación, como se organizó el ejército de las armas.

Las dos grandes sindicales, la U. G. T. y la C. N. T., obedeciendo normas trazadas por la Junta de Defensa de Madrid, han empezado a reclutar batallones de obreros de la construcción, que, bajo la dirección de técnicos, a los que se dará graduación militar, formarán parte de las columnas que luchan en los frentes, a las que estarán incorporados.

—Apenas formulado el llamamiento—nos dicen en la oficina de reclutamiento de estos batallones—han acudido ya cerca de dos mil aspirantes de los distintos oficios de la edificación. Y entre ellos se han seleccionado los primeros mil, el primer batallón, de los seis, de mil hombres cada uno, que quedarán inmediatamente constituidos, todos ellos garantizados por su carnet sindical



Los compañeros del primer Batallón de Fortificaciones, formado por mil obreros de la Construcción, comparten con los soldados, en uno de los frentes del Centro, la comida de campaña
(Fots. Albero y Segovia)

y sometidos a un reconocimiento médico que asegure su rendimiento de trabajo.

Mientras duren las operaciones, los trabajadores de los batallones de fortificación estarán sujetos a la situación de servicio de armas y retribuidos como soldados, lo mismo que es igual a la de los soldados su responsabilidad.

A la oficina acuden cada día, y durante el día sin interrupción, aspirantes a ingreso en los batallones. Con el semblante grave y el acento duro y firme de los que saben bien dónde van y a lo que van.

—Entre ellos vienen también—nos dicen—algunos que disponen, después de atender a sus ocupaciones, de una o dos horas, que quieren ofrecer al servicio de la República. Son, en su mayoría, dependientes de comercio, mecánicos, hombres de vida sedentaria, que sienten en su espíritu el peso del deber de ciudadanía, que los obliga a incorporarse a la tarea de defender Madrid. Pero tenemos que rechazar su ofrecimiento. Porque el trabajo, tan diferente a sus labores habituales, requiere músculos y nervios ejercitados en un esfuerzo en estos hombres imposible. Y porque les obligaría a someterse a una disciplina incompatible con cualquier otra ocupación.

La guerra se hizo seria. La guerra no es un simulacro militar. Y había que hacerla con realidades militares, seriamente.

—Los fusiles no se entregan en todas las manos—explica el responsable de la oficina de reclutamiento—, y un pico y una pala sobre las líneas de combate son, en ocasiones, más arma que un fusil. Todo ello tenía que quedar entregado al mando militar. Que es lo que se está haciendo ahora.

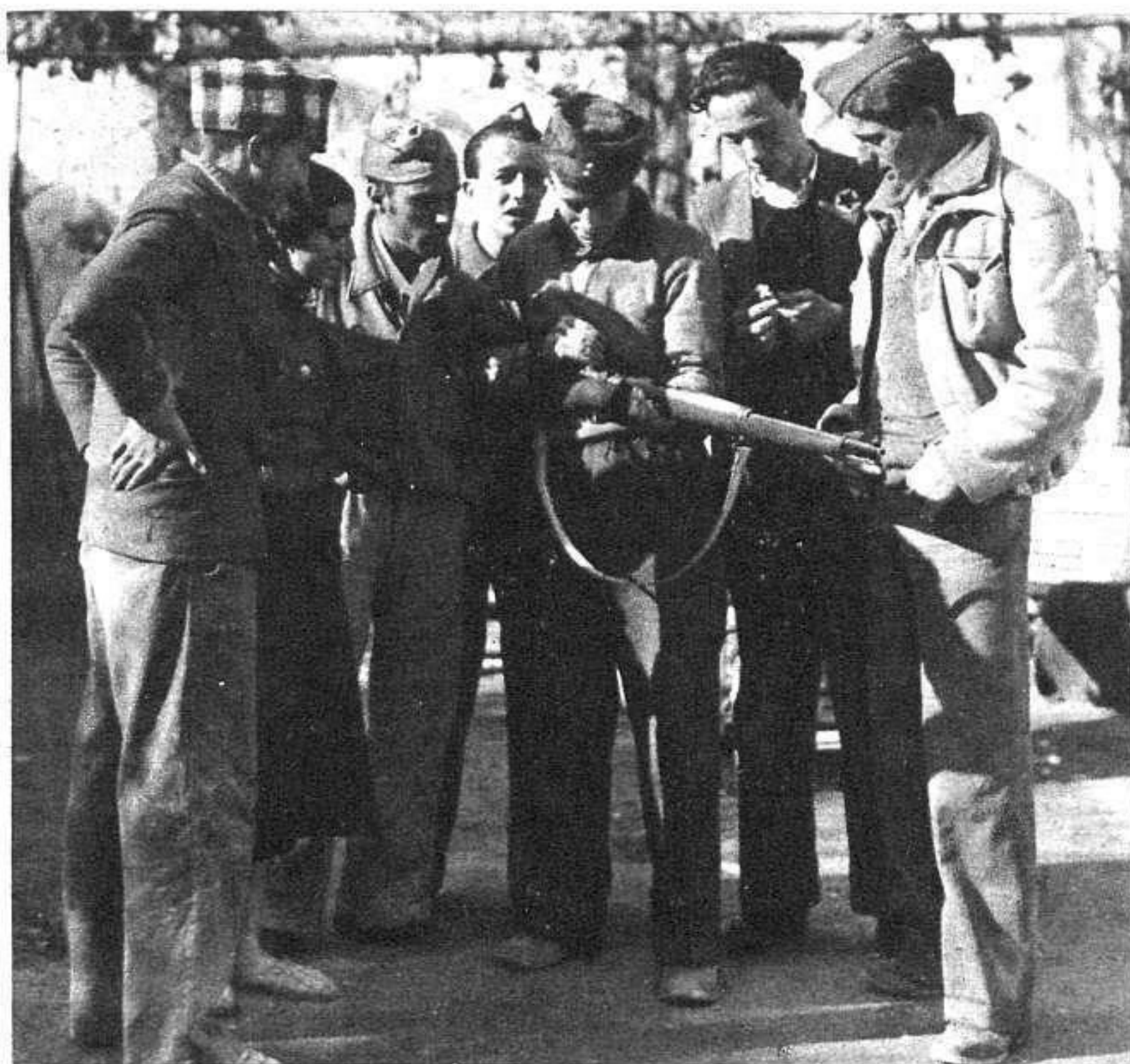
El primer batallón de trabajadores de la construcción está formado. Y va a desfilarse por Madrid. Picos y palas son sus armas. Que de la guerra vuelvan para servir otra vez de herramienta de paz. ¡Ya que hayamos pasado por la tristeza de verlas cambiarse de herramientas de paz en útiles de guerra!

JOSÉ DE LA RIVA



El primer Batallón de Fortificaciones desfila hacia los frentes, cambiando en útiles de guerra las herramientas de trabajo que fueron instrumentos de paz

La Escuela Militar de las Juventudes Socialistas Unificadas



El instructor explica a los alumnos el manejo de las armas
(Fot. Videal)

DURANTE muchos días ha corrido, con clamores de consigna, este ruego que ha llenado mucho tiempo los pasquines de la calle, la propaganda de los altavoces y las cabeceras de los periódicos: «Jóvenes, aprended el manejo de las armas». Y con la rapidez que el caso requería, una legión de instructores ha ido formando

en el conocimiento de los problemas militares a la mayoría de los que hoy luchan por la causa del pueblo. Al mismo tiempo que el Gobierno se ha preocupado de la creación de Academias Militares para las distintas Armas del Ejército, las organizaciones proletarias y republicanas, secundando la iniciativa gubernamental, se han preocupado de crear escuelas de aprendizaje de las armas. con lo cual la obra del Gobierno se ensancha y perfecciona. Así, esta Escuela, que un grupo de jóvenes enrolados en distintas organizaciones ha instalado hace unos días.

—El Comité organizador—nos ha dicho uno de los responsables—está formado por militantes comunistas, socialistas, libertarios, sindicalistas y republicanos; es decir, de todo el Frente Popular. Con ello hemos atendido a la mayor eficacia de nuestro propósito al poner en práctica un proyecto que es aspiración común a todas las juventudes de España.

—¿Cuál es vuestra aspiración?

—Conseguir que todos los jóvenes obreros, lo mismo hombres que mujeres, aprendan el manejo de cuantos aparatos guerreros se utilizan en nuestro tiempo. Como nuestro propósito no abriga un objetivo inmediato exclusivamente, sino que también mira al porvenir, no nos circunscribimos a enseñar el manejo del fusil. En nuestra Escuela aprenderán los jóvenes a manejar también la ametralladora, el cañón, el mortero...

—¿Qué edad habéis marcado para el ingreso?

—De diez y seis a veinte años; es decir, en los umbrales de lo que hasta ahora se ha llamado la entrada en

quintas. Y hemos marcado este tope porque consideramos necesario que los jóvenes, la vanguardia del nuevo Estado que se está forjando en los frentes de batalla, pongan de manifiesto que es preciso imponerse este sacrificio para salvar la libertad, que es por lo que estamos luchando. Rusia tiene hoy el ejército juvenil más grande del mundo, logrado con el sacrificio que ahora invitamos nosotros a realizar a los jóvenes españoles. De este modo no se volverá a repetir el caso doloroso de los primeros días de la sublevación.

Por el patio del pequeño chalet donde están instaladas las oficinas de reclutamiento pasea en los momentos de descanso un grupo de afiliados a las Juventudes Socialistas Unificadas. En él, una chica vivaracha, de ojos inteligentes, muestra un hondo afán por aprender el manejo del fusil. A su lado, un miliciano de las Juventudes, curtido por el sol y el aire de la campaña, la instruye convenientemente en la utilidad de cada una de las piezas del arma: desprende el cerrojo, describe el manejo del alza, el objeto del punto de mira...

Junto a ellos, otro grupo sigue atentamente las palabras del instructor. Y uno de los responsables, viéndolos agrupados en el reducido jardín del chalet, me dice, abarcando el pequeño espacio con la mirada:

—Como ves, este local nos resulta insuficiente. Tendremos que trasladarnos a otro, aun cuando las oficinas de reclutamiento queden aquí.

ANTONIO DE LA SERENA



El responsable de la Escuela Militar de las Juventudes Socialistas Unificadas, hablando con nuestro colaborador

La entrega de una bandera a la columna Uribarri



El alférez Vargas, presidente del Comité Central de la Guardia Nacional Republicana, entrega al teniente coronel Uribarri una nueva bandera para la columna mandada por este jefe



El teniente coronel Uribarri se dirige, con otros jefes, al sitio en que se hizo entrega de la bandera



Soldados de ametralladoras de la columna Uribarri, formados durante el acto de entrega de la bandera
(Fots. Albero y Segovia)

Este miliciano se adiestra en el lanzamiento de bombas de mano para detener a los tanques que intenten avanzar



Un dinamitero avanza hacia las posiciones enemigas, protegido por un árbol que él mismo lleva a cuestas



Dos milicianos sobre un puesto de observación, desde el que se domina perfectamente la zona de combate



Combatientes de la Columna Internacional hacen un servicio de reconocimiento en uno de los frentes de Madrid

Los milicianos salen de sus parapetos y se disponen a atacar, tras la preparación artillera, las posiciones rebeldes



MADRID

SU DEFENSA Y SU EVACUACION

Algunos de los carteles que en torno a los temas de la lucha han hecho los alumnos de la escuela de Bellas Artes



Han salido de Madrid, evacuados por el Gobierno, un grupo de artistas e investigadores. Como despedida, les fué ofrecida por el Quinto Regimiento una comida, al final de la cual Rafael Alberti leyó unos versos



La vida de trincheras en las pausas que permite la lucha

(Fots. Albero y Segovia, Díaz Casariego y Baldomero hijo)

La secta de los hombres-leopardo

¿Venganza personal, o sentencia terrible de una sociedad tenebrosa?



Máscara y comisa que recuerdan la piel del leopardo, garras terribles... Así viste el aniotto para lanzarse sobre su víctima...

- 2.º Un batou, una de cuyas extremidades está toscamente esculpida en forma de pata de leopardo.
- 3.º Una barra de hierro, terminada en cuatro puntas.
- 4.º Una máscara hecha en corteza de árbol, teñida en el color de la piel del leopardo y, como ésta, manchada con grandes lunares en negro. Dos aberturas, hechas en la máscara, permiten al aniotto orientarse.
- 5.º Una camisa, en la misma clase que la máscara, para cubrir totalmente el busto del aniotto. Un grueso cinturón la ciñe al cuerpo.

La ejecución de la sentencia

Equipado de esa suerte, el afiliado a la secta que está encargado de dar la muerte a la persona señalada se dirige a la vivienda de la víctima. Ha de ser de noche, durante el sueño del sentenciado. El aniotto cae sobre su víctima y le hunde las garras en el cuello, atravesándole la carótida.

Al día siguiente, cuando los familiares o los amigos del asesinado encuentran sobre éste y en su habitación huellas de patas y de garras artificiales, acusan de la muerte al leopardo, que sigilosamente ha venido en la noche. Nadie hace nunca la alusión más leve a la posible intervención de un aniotto. Ello equivaldría a firmar una nueva e inapelable sentencia de muerte. El autor del crimen queda siempre de ese modo en la sombra.

¿Secta tenebrosa? ¿Venganza personal?

¿Qué razón lleva a los aniotos a cometer sus asesinatos? Parece, desde luego, fuera de duda que forman una secta poderosa y terrible. Pero las misteriosas condiciones en que ellos desarrollan su obra siniestra no han permitido hasta ahora establecer una total verdad en cuanto al móvil de sus crímenes.

Hasta hace poco, el aniotto era, efectivamente, considerado como miembro de una secta fanática y temible. Pero una nueva concepción se abre ahora paso, a consecuencia de las últimas investigaciones que han permitido realizar la detención de algunos aniotos. Las sesiones habidas ante el Tribunal de Wamba, en el Congo belga, llevan a creer que se está en presencia de venganzas colectivas, más que de crímenes rituales. No se tratará, por tanto, totalmente de una secta, sino de asesinos vulgares que obraban impulsados por la venganza.

Historia de una venganza

Un hecho esclarecido por la Justicia belga que actúa en el Congo ha llevado a aquella afirmación. Fué hace pocos años. Basibane, yerno del notable Mbako, asesinó a un individuo de la raza mabudú, y fué por ello encarcelado en la prisión de Stanleyville.

Bayakisu, la esposa del encarcelado, sentía hondamente la prisión del marido. Todo su odio iba hacia la

En el corazón del Africa misteriosa

ANTE nuestra civilización se alzan todavía mundos extraños, ritos impenetrables y dramáticas costumbres, que guardan un fondo de crueldad y de misterio inasequibles para nuestro espíritu occidental.

En los países africanos hay un enorme caudal de supervivencias de este género. Lo misterioso es allí como el alma de todo un mundo de prácticas desconcertantes y de raras ceremonias. Las sociedades secretas que fraguan en la sombra sus terribles designios tienen en las escondidas regiones africanas un viejo y dramático abolengo. Entre esas sociedades secretas está, como una de las más terribles del mundo, la de los hombres-leopardo, en el Congo belga. Una secta antigua, fanática y cruel, que desde hace mucho tiempo tiene aterrorizada a la región en que opera. Su objeto principal parece ser el de detener la penetración y la influencia de la civilización blanca en aquella parte del Africa.

Los aniotos

Las autoridades belgas siguen de cerca, desde hace muchos años, las huellas de esta organización tenebrosa. Pero sólo ahora, muy recientemente, ha podido la Justicia europea intervenir y apoderarse de un cierto número de miembros de la secta. Esta secta de los aniotos, o de los hombres-leopardo, obra bajo la inspiración de los hechiceros y de los árabes que trafican en esclavos en aquella parte del Continente africano. Merced a la actual

intervención de la Justicia belga, en uno de los crímenes de la secta se ha podido estudiar más de cerca esta sombría organización, conociendo de este modo detalles que hasta ahora venían permaneciendo en un emocionante e impenetrable misterio.

Los aniotos han hecho una oposición tenaz y sistemática a la colonización belga. Su crueldad mantiene aterrorizados a los buenos indígenas, que sólo desean trabajar en paz secundando los esfuerzos de los blancos. Toda persona sospechosa de amistad y lealtad para con estos últimos es condenada muerte. La condena se acuerda en unas sesiones misteriosas, cuyos ritos permanecen totalmente desconocidos. Y la terrible sentencia es ejecutada en el plazo más breve posible, durante el sueño del condenado.

Cómo viste el hombre-leopardo

Para atacar y herir de modo certero y rápido a su víctima, el aniotto viste un traje muy característico, que es lo que le ha valido ese sobrenombre de hombre-leopardo. El equipo completo de ese traje para la ejecución consta de las prendas y útiles siguientes:

- 1.º Un par de garras de hierro forjado, terminadas en unas laminillas muy cortantes. El iniciado se ata estas garras a los puños y coloca sus dedos bajo ellas de tal modo que las dos manos quedan como armadas de cinco pequeños cuchillos, cuya conformación recuerda extraordinariamente la de las garras del leopardo.



Un hechicero de Mbako, jefe de la expedición que fué a ejercer una terrible venganza sobre la tribu de Mabudú

tribu a que pertenecía el asesinado por el esposo. Ello le llevó a concebir una venganza contra los de esta tribu y contra los que habían declarado en contra de Basibane. Para realizar sus propósitos se puso en relación con los padres del esposo encarcelado.

Sengi, padre de Basibane, y Mbako, padre de Bayakisu—ya sospechoso otras veces de haber sido el instigador de crímenes cometidos al modo aniot—decidieron, de acuerdo con la mujer, vengarse de la tribu a que pertenecía el asesinado por Basibane. Escogieron entre sus hombres a los ocho más valientes y decididos.

Para sellar la alianza con las gentes de Mbako, Sengi designó como primera víctima a una de sus propias mujeres, que pertenecía a la raza Mabudu. La desgraciada fué estrangulada ante la vista de dos hijos que Sengi había tenido con ella. Los dos hijos hubieron de guiar después a la banda hasta la aldea de Karume, en la tribu de la víctima de Basibane. Los ocho asesinos iban acompañados de Fatuma, una de las mujeres preferidas de Mbako. Este la había designado como acompañante de la banda para que los ocho hombres sintiesen más estimulado su celo. Tras varios días de marcha, llegaron a la aldea de sus enemigos, a la que atacaron violentamente, sembrando la muerte entre los hombres y las mujeres de la tribu. Fatuma participó con sus compañeros en los festines de carne humana que siguieron a las muertes.

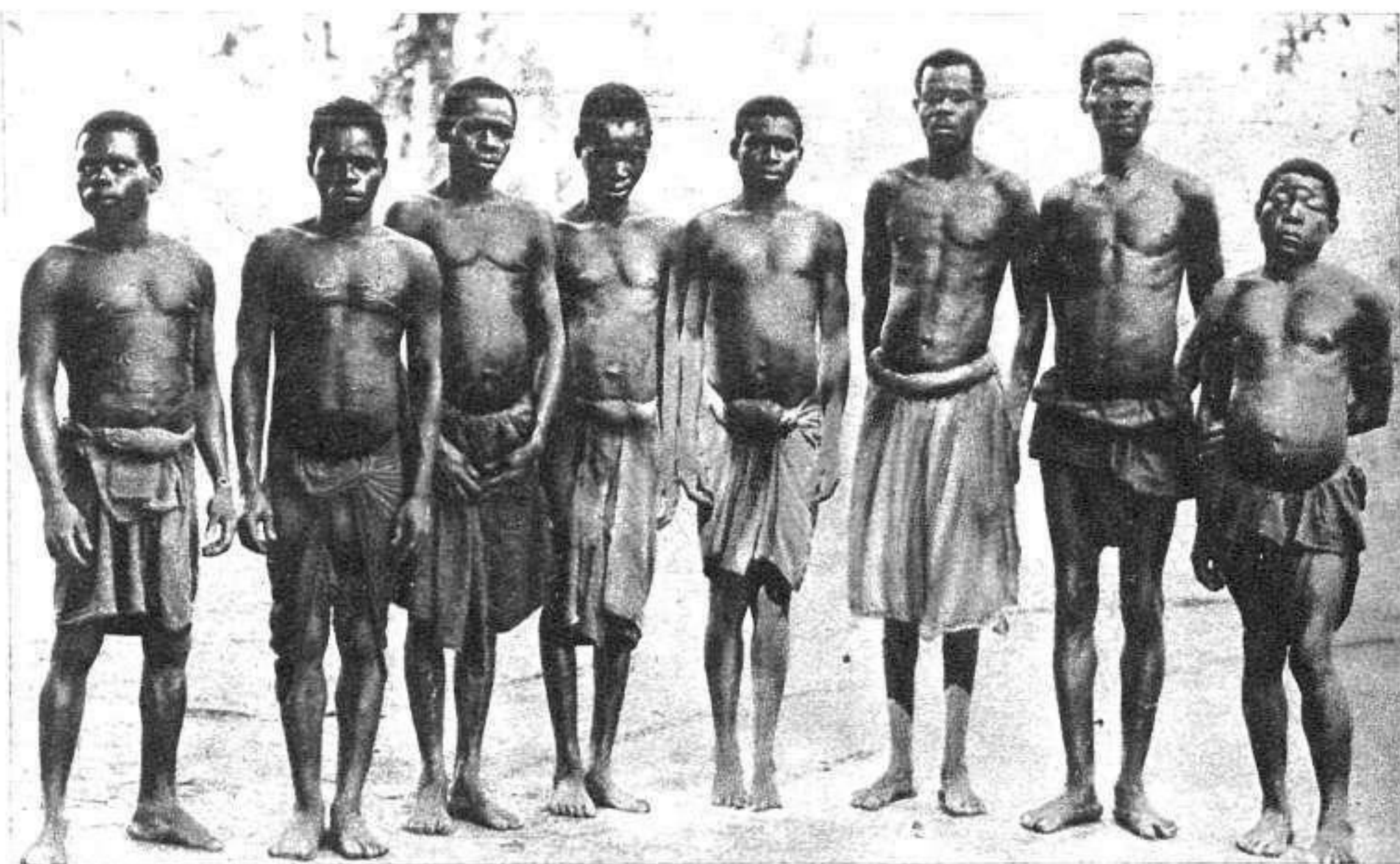
Vigilante la Justicia belga, Mbako pudo ser detenido y encarcelado; pero negó tenazmente. Otro indígena, detenido algunas horas después de un crimen atribuido a los aniotos, denunció a varios habitantes de la tribu de Mbako como autores de diversos asesinatos. La Policía

belga se trasladó a la tribu de Mbako, y pudo comprobar, en efecto, que todos los designados como aniotos habían huido.

Un nuevo interrogatorio siguió, con la aportación de hechos terminantes, y Mbako acabó por confesar, añadiendo que había podido escapar a las investigaciones anteriores, gracias a sus negativas absolutas y tenaces. El Tribunal de Wamba condenó a los ocho principales acusados a muerte; a los otros, a penas diversas.

¿Hacia el esclarecimiento de la secta de los hombres-leopardos?

Esta historia, absolutamente comprobada, parece dar la razón a la segunda hipótesis: la de que esas muertes misteriosas obedecen a venganzas de tipo personal, más que a ritos de sociedades secretas. ¿Represalia nada más, efectivamente? ¿Obra dramática de una secta

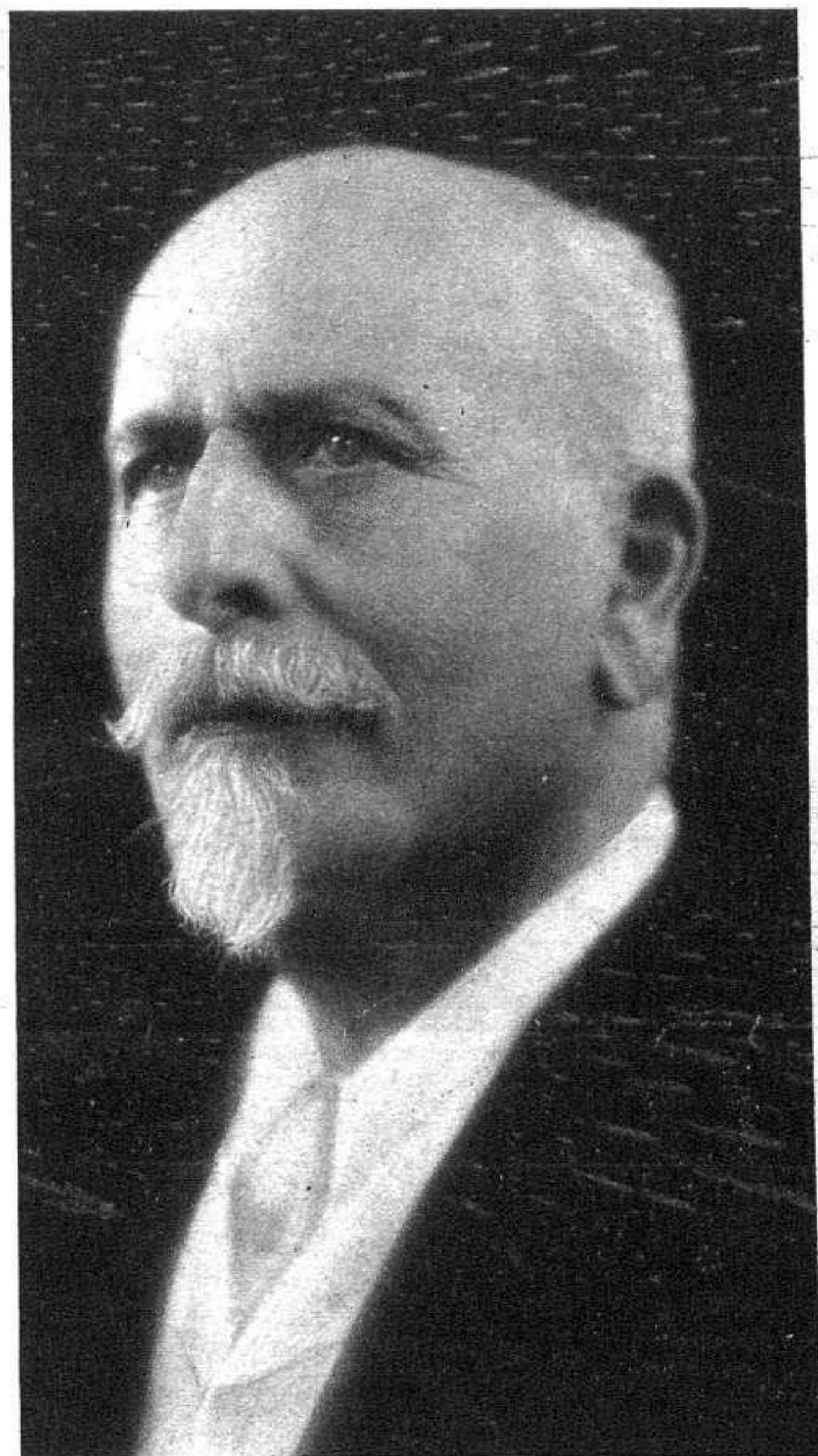


Estos son algunos de los negros que cometieron, por mandato de Sengi y Mbako, varios asesinatos en la tribu de Mabudu. Fueron juzgados por un Tribunal belga, y sus declaraciones en torno a los crímenes cometidos ponen alguna luz en este inquietante asunto de la secta de los hombres-leopardos...

tenebrosa? Sólo el tiempo, al hacer más intensa la penetración blanca en los misteriosos Continentes negros, dirá la última palabra.

GERIFALTES MALDITOS

BASIL ZAHAROFF, REY DE REYES



Basil Zaharoff

EN Montecarlo, a los ochenta y seis años de edad, ha muerto sir Basil Zaharoff, personaje misterioso y trágico, magnate internacional de las industrias de guerra.

Sin hipérbole, puede decirse que ese valetudinario que, abrumado de achaques, se ha extinguido en Montecarlo, fué, durante más de cuarenta años, uno de los amos del mundo. Tirano auténtico que agazapado en las sombras, parapetado en las trincheras de sus centenares de millones en dinero, tenía en sus manos la suerte de millones de hombres.

Bajo la mirada astuta del griego Zacharías Basileios—tal era el nombre bautismal de Zaharoff—, los reyes, los Gobiernos, los Parlamentos, las naciones no eran sino piezas de un ajedrez dramático con el que los dedos codiciosos del negociante movían a su capricho en partidas terribles inspiradas por una deidad terrible: la Guerra.

Zaharoff era uno de los grandes sacerdotes de este culto trágico. Con los Vickers, los Maxim, los Krupp, los Nordenfeldt... Zaharoff era un gerifalte de ese equipo de potentados que tiene al mundo aprisionado en una red tupida de millones, erizada de armamentos. Tras Zaharoff formaba un tremendo ejército de químicos, inventores, políticos, plutócratas, técnicos de las artes malditas de la guerra. Millones de hombres encerrados en fábricas enormes, en gigantescos talleres, trabajaban para él; las entrañas de la tierra, violadas sin cesar por batallones de mineros, no daban, en ocasiones, abasto al apetito de este Moloch moderno, consagrado exclusivamente a conseguir que la paz no reinara nunca entre los hombres.

Véase a los reyes hacer gestos teatrales en sus cortes y ante el mundo, orgullosos de su poder; a los Gobiernos y a las Cancillerías, componer trabajosamente sus maquinaciones políticas; a los pensadores y los políticos, esforzarse en preparar el porvenir de los pueblos; a los pueblos mismos, entregarse fervorosamente a la conquista de un ideal. Pantalla engañosa, tarea inútil... Detrás de los reyes, de los estadistas y de los pueblos, y más fuerte que ellos, agazapado, casi inadvertido, trabajaba Zaharoff. Su mirada de mercader calibraba las fuerzas, desmenuzaba nervio a nervio los Tratados diplomáticos, ponía el termómetro a las fiebres populares, echaba cebo a las ambiciones de los políticos, tendía celadas a la fe de los apóstoles, inyectaba en las venas del mundo el veneno de las rivalidades de razas, de los apetitos de fronteras; estimulaba los rencores y las pasiones de los pueblos, fomentaba las intrigas internacionales. El, en las sombras de su conclave de potentados y fabricantes de armas, manejaba sagazmente los hilos de todos esos intereses, de todas esas ambiciones. Creían los reyes, los estadistas, los caudillos y los pueblos que jugaban libremente sus destinos, porque tejían alianzas y Tratados, pronunciaban patéticos discursos y acudían a dar su opinión a los grandes comicios liberales.

Zaharoff y su equipo sonreían calculando las ganancias futuras. Reyes, estadistas y pueblos eran sus instrumentos. Eran ellos, los dueños de las minas, de las fábricas de armas, los que habían de decir la última palabra. Reyes, estadistas y pueblos no valían sino como clientes. La guerra estallaba, cuando debía estallar, a un signo oculto y decisivo de los Zaharoff, los Vicker, los

Krupp; cuando ellos consideraban necesario descongestionar sus gigantescos depósitos y lanzar al mercado sus terribles contingentes de mercancías mortíferas.

Zaharoff tenía categoría aquilina en este maldito negocio universal. Venteaba la guerra, la preparaba, la modelaba como un artista genial. Sabía elegir y decidir. Nunca se equivocó al aceptar cliente. Jugador formidable, agotaba hasta la última carta, seguro de la ganancia final.

Cuando la Gran Guerra, a pesar de sus concomitancias con los Krupp alemanes, Zaharoff se puso de parte de los aliados. Llevó a su máximo el rendimiento de las fábricas Vickers-Maxim, fundó la agencia Radio, prestó sumas fabulosas a Francia e Inglaterra, sostuvo económicamente la aliadofilia de Venizelos. No se equivocó. El vencedor paga bien sus facturas.

En Grecia, en Turquía, en el Japón, en Bulgaria, en Alemania, en Rusia y en China, donde quiera que durante el último medio siglo ha estallado una guerra o una revolución, donde han sido necesarios instrumentos de destrucción y de muerte, allí ha estado Zaharoff. Proveedor inagotable, prestamista, organizador, propagandista... Durante diez lustros no se ha derramado en el mundo una gota de sangre que no se haya convertido en una moneda para Zaharoff y sus consocios.

Vida larga, misteriosa y terrible. Zaharoff era hijo de unos comerciantes griegos refugiados en Constantinopla. Desde muy niño mostró condiciones excepcionales para los negocios. Asociado al comercio de tejidos de un tío suyo, como el pariente no le liquidase a su gusto, Zaharoff se tomó «la justicia por su mano», tomó de la caja la cantidad que creía merecer, y huyó a Inglaterra. Detenido por ladrón, fué puesto luego en libertad, y marchó a Atenas, donde un encumbrado político, Shoulondis, le protegió, colocándole en la casa de armamentos inglesa Nordenfeldt. De la guerra balcánica parte el engrandecimiento de Zaharoff, los primeros pedidos gigantescos, las comisiones fabulosas cobradas a Grecia y a Turquía, que luego habían de permitirle operar por su cuenta, llegar a convertirse en el magnate de la industria de guerra, al que adulaban reyes y solicitaban Gobiernos.

Amigo de emperadores y caudillos, déspota auténtico, árbitro, en muchas ocasiones, de la suerte de las naciones, administrador de más de trescientas poderosas Sociedades industriales y financieras, centenares de veces millonarios, Basil Zaharoff carecía de vanidad. No quiso jamás honores, ni títulos, ni condecoraciones. Ave de rapaña, desdénaba plumajes decorativos. Le bastaba con el orgullo siniestro de sus garras. Quería pasar inadvertido, viajaba de riguroso incógnito, no se dejó jamás ver en fiestas y asambleas.

¿Recordáis la famosa película *Rey de Reyes*, de Cecil B. de Mille? Su gran acierto ideal y técnico es que en ningún momento aparece corporeizada la figura de Jesús. Sólo en los momentos culminantes se ve en la tierra la huella de sus pasos. Basil Zaharoff fué así por la vida. De su paso por las naciones sólo eran visibles las huellas de sangre y de horror que la guerra—su negocio y su religión—iba dejando entre los hombres.

PANTALLA DEL MUNDO

La dorada esclavitud cinematográfica

EN Londres se ha visto un proceso seguido por la célebre Compañía cinematográfica Warner Brothers contra la actriz Betty Davis, que había roto su contrato con aquella Empresa para comprometerse con otra de la capital británica. William Jewit, el abogado de la actriz, dijo ante el juez, para justificar la decisión de la Davis, que los artistas contratados en Hollywood están realmente reducidos a una situación de esclavitud... Al oír esto, el abogado de la parte contraria, Patrick Hastings, exclamó:

—La señorita Davis cobraba semanalmente seiscientas libras esterlinas. A este precio, todos quisiéramos estar reducidos a semejante situación de esclavitud...

Naturalmente, Betty Davis perdió su pleito.

El robo oftalmológico

La delincuencia trabaja infatigablemente en la busca de nuevas fórmulas que den cierta variedad al delito. En Wáshington acaba ahora de ser detenida una banda de ladrones, que estaba poniendo en práctica en toda América una curiosa clase de robo: el «robo oftalmológico». Los componentes de esta banda se hacían pasar por oculistas célebres. El que hacía de «doctor», asistido por una «enfermera», decía al enfermo que estaba en peligro de perder la vista, y se indignaba ante el hecho de que ninguno de sus colegas hubiese sabido ver aquello en los ojos del cliente. Después echaba sobre los ojos del enfermo unas gotas de un medicamento que él decía maravilloso. A continuación, algodón sobre los ojos. Y, finalmente, retiraba de uno de éstos lo que él llamaba un tumor maligno (en realidad, un poco de corcho previamente preparado). Daba, además, al enfermo unas gafas nuevas. Y por toda esta operación, el «doctor» pasaba después una cuenta, que oscilaba entre los cien y los ochocientos dólares.

La última frase de Bernard Shaw

Rueda por las Redacciones y las tertulias del mundo la última frase de Bernard Shaw. Es ésta: «Mr. Roosevelt es un comunista *amateur*».

En su último viaje a París, Bernard Shaw encargó a su secretario que dijese lo siguiente a los periodistas que fuesen a visitarlo y pedirle declaraciones al hotel:

—Mr. Bernard Shaw me encarga que les haga saber que todavía no ha hecho la frase que debe poner en circulación con motivo de este viaje.

Una anécdota de Hollywood: el servicio de té de Joan Crawford

A la estrella de *Alma de bailarina* le encanta recorrer grandes almacenes, curiosear trapos y chucherías, conocer precios y calidades. Son muchas las vendedoras que en Hollywood conocen, por haberla visto de cerca, la silueta fina y ligera de la actriz.

Una de esas vendedoras acabó por trabar amistad con Joan Crawford. Esta se detenía siempre ante una vitrina en la que había expuesto un magnífico servicio de té.

—¿Por qué no lo compra?—decía la vendedora—. Parece creado para usted.

La muchacha del comercio, mientras hablaba, no cesaba de mirar a la estrella. Esta reía, sin decidirse a comprar el servicio de té.

Varias veces volvió Joan Crawford a la tienda, deteniéndose, admirada, en la misma vitrina. La vendedora le decía:

—Nadie ha comprado todavía su servicio, señorita Crawford.

Un día, Franchot Tone, que había sabido por la propia Joan Crawford la belleza de aquel servicio de té, apareció por la tienda y lo compró. La vendedora lo empaquetó con toda serie de precauciones, feliz al imaginar la alegría que tendría la actriz por aquel regalo que su esposo le llevaba.

Dos días más tarde, la vendedora vió entrar de nuevo en el comercio a Joan Crawford, que se dirigió directamente a la vitrina de veces anteriores. El servicio, claro, no estaba ya. La *star*, asombrada, preguntó:

—¿Cómo? ¿Ya lo ha vendido? ¿Y a quién?

La otra muchacha estaba confusa, balbuciente. La sombra de la infidelidad de Franchot Tone pasaba por su pensamiento.

—Pero, pero... Yo creía que... ¡Oh! ¡Es terrible!

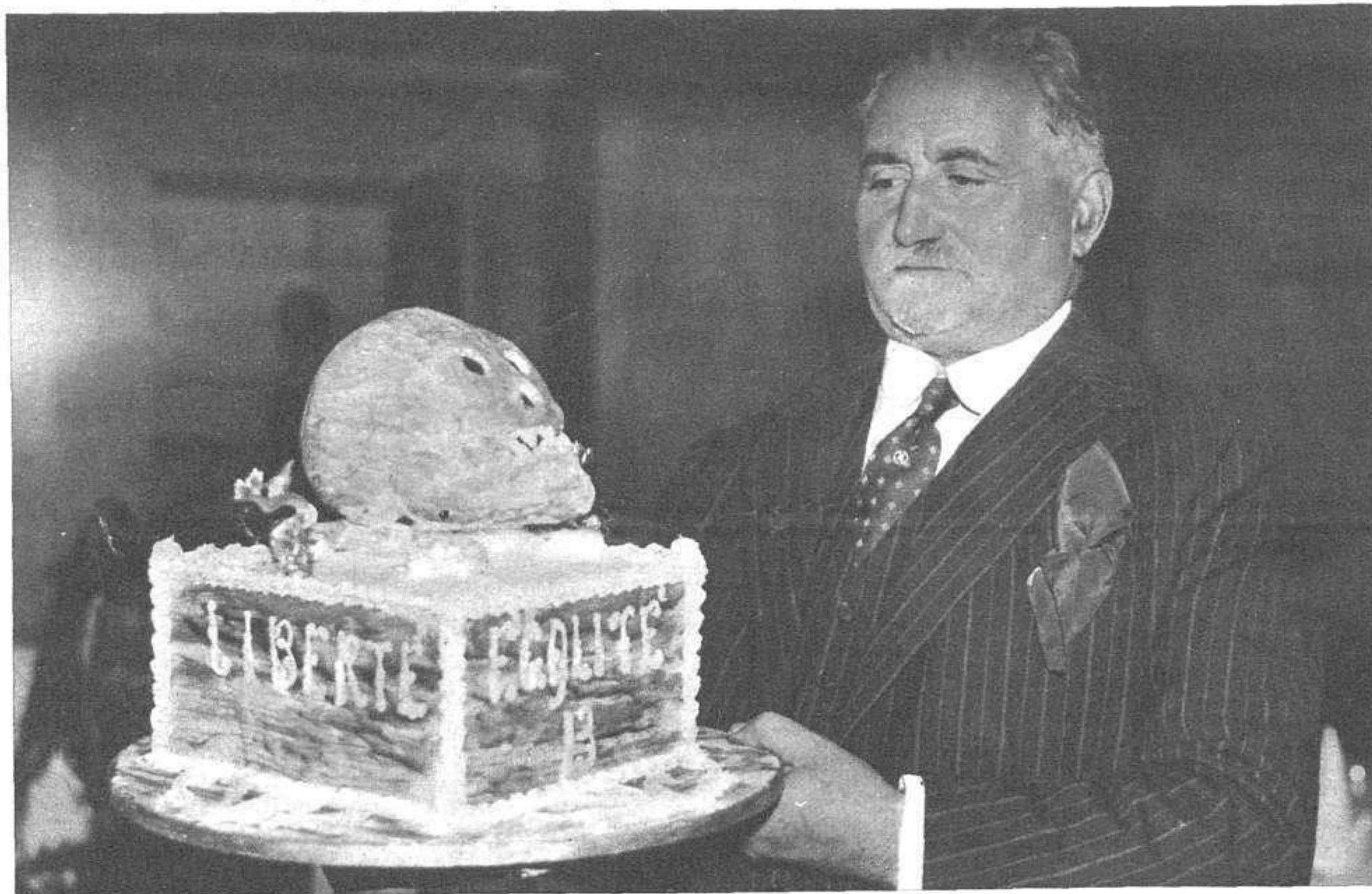
Joan Crawford se echó a reír jubilosamente ante la desolación de la pobre muchacha. Después le confesó la verdad. Franchot Tone, su esposo, le había, efectivamente, regalado el servicio de té.



La mujer-soldado. Veo, en una calle de Estambul, cómo las muchachas turcas hacen la instrucción militar junto a los varones...



A la boda del capitán de un regimiento de Dragones, en Londres, asistieron, como pajes del cortejo, estos chiquillos, vestidos con trajes napoleónicos. Quizá como un anuncio a los recién casados de que el amor, en definitiva, no es sino la guerra...



Ejemplo para los supersticiosos: este hombre, presidente del Club de los Trece, de Londres, aparece aquí con la tarta—cráneo y huesos en dulce—que fué servida en el «lunch» con que los miembros de aquella Sociedad celebraron el viernes, 13 de Noviembre. En el «lunch» se comió bajo paraguas abiertos y se bebió en copas resquebrajadas...



Cuando venía a Madrid, Fabián de Castro recibía a los periodistas sentado junto a un barrillillo de solera

Fabián de Castro, el pintor gitano. Historia de un proceso y de un fraile que se parece al "Gallo"

FABIÁN de Castro es—¿hace falta decirlo?—el único pintor gitano que ha logrado resonancias universales. De París nos ha venido el nombre español—más aún, *calé*—envuelto en comentarios pintorescos y de gloria. El pintor gitano le llaman en París. Así, sin más nombre ni comentarios. Y no hacen falta, porque todo el mundo le conoce. En París está desde hace treinta años, envolviendo en las brumas del Sena su nostalgia caliente de sol andaluz y tierra dorada.

Cuando Fabián llegó a París, como una encarnación andariega del «bronce y sueño» garcilorquense, ya estaba de vuelta de Europa.

—Conocía—me ha dicho él, «echándole una firmita al braser»—toda España, Portugal y Marruecos. Toda la Francia, toda la Bélgica, toda la Alemania, la Rusia lejana y misteriosa... Rusia... ¡Qué país más bonito es Rusia! Yo estuve allí poco antes de la guerra europea. ¿Usted no ha estado nunca en Tiflis? ¡Qué mujeres aquellas, amigo! ¡Y qué música! Una música dulce, quejumbrosa unas veces; alegre, otras. Aquella música le levanta a uno de gusto. Pero lo que importa—¿verdad, Fabián?—es la llegada a París. Aquel arribo del gitano a la capital de Francia, llevando al hombro su historia de guitarrista por los caminos de Europa. Una historia de amante de la sonanta que se le quebró a Fabián en 1905, tras un biombo hecho con lienzos del gitano.

En 1905 empieza la etapa definitiva de Fabián de Castro, porque es entonces cuando Fabián se encuentra a sí mismo. Cuando Fabián llegó a París, todavía París sonaba con la españolada. Raquel Meller no había ido todavía a enseñar a los parisinos a pronunciar las erres contenidas en *El relicario*; pero eran los días de esplendor de la bella Otero, propicia a levantar desde lejos el seguro de las pistolas de los suicidas por amor, y *Amarantina* paseaba su nombre de joyería a la sombra de la Torre Eiffel. Con la llegada de Fabián estaba ya completo el trío español para la avidez de novedades de París.

«Yo sentía hablar de pintura...»

—En París—dice Fabián—conocí a Zuloaga y a otros pintores famosos que me llevaban a tocar la guitarra a sus Estudios. Yo sentía hablar de pintura; pero para mí no había más arte que la guitarra, porque creía entonces que un pintor es como un zapatero o como un albañil.

—¿Por qué empezó usted a pintar?

—Yo creo que porque me salía de dentro, sin que lo pudiera remediar. De siempre tenía yo afición al dibujo. Y un día, a fuerza de oír hablar de pintura, me compré un lienzo y unos botes, y me puse a pintar. Dejé la guitarra, y acabé por estar a punto de morirme de hambre.

Ni con la guitarra ni con la pintura ganaba dinero. Un día, Zuloaga me preguntó: «¿Cuándo me enseñas algo tuyo?» A mí me daba vergüenza. Pero al fin me decidí a hacer una Exposición. La hice, y lo vendí todo. Después, siempre me ha pasado igual. Casi todo lo vendía en el Estudio. Por eso desde 1906 sólo he hecho tres Exposiciones.

No conocía al «Greco», y se parece a él

—¿Cuántos cuadros habrá usted pintado en total?

—Un centenar, aproximadamente. No me gusta pintar mucho, porque acaba uno por amanerarse.

—¿Y cuál es el que le parece a usted el mejor?

—El último que hago. Este que estoy pintando ahora. ¡Y pobre de mí si así no fuera, si me estancara!

—¿Conocía usted los cuadros del *Greco* cuando empezó a pintar?

—No, señor. No conocía al *Greco*, ni a ningún pintor. Yo no había estado nunca en ningún Museo. Cuando hice la primera Exposición empezaron a decir que yo me parecía al *Greco*. ¡Bueno! Yo creo que tengo del *Greco* lo que el *Greco* tenía del Tintoretto. Ponga usted juntos dos cuadros de estos pintores, y no se parecen, pero se recuerdan.

«Si no tengo dinero...»

—¿Por qué no ha hecho nunca una Exposición en España?

—Se lo voy a decir a usted con toda sinceridad. Si no tengo dinero, no puedo exponer. Y si lo tengo, ¿para qué?...

—¿Qué le parece Picasso?

—Soy gran amigo de él. Si Picasso ha tenido lo que ha tenido fué por causa mía. Picasso estaba sin un real, y yo le dije, porque se quería marchar de París: «Espérate, hombre, que lo que yo tenga lo partiremos entre los dos.» Después, varios amigos suyos fuimos en busca de los marchantes. Les dijimos: «¿Tiene usted cuadros de Picasso?» «No.» Y así un día y otro día. «Pero, ¿quién será ese Picasso?», acabaron por decir los marchantes. Total: que le hicimos el ambiente, y acabaron por comprarle los cuadros sin verlos.

—¿Le gustan a usted los cuadros de Picasso?

—Si quiere usted que le diga la verdad, las primeras cosas de Picasso no estaban mal. Picasso no es más que un buen dibujante. En cuanto mete el color, arma la marimorena y lo estropea, porque de materia no entiende nada.

«Cristo entre la Guardia civil»

—¿Quiere usted hablarme de su famoso *Cristo entre la Guardia civil*?

—¡Pero, hombre! Si no hay tal Cristo ni castañas asás! Yo pinté un Cristo; pero no estaba entre la Guardia civil. El que estaba entre los tricrornos era un hombre en cueros. Y ese hombre soy yo. Detrás de mí está un civil atándome. Por aquel cuadro me encerraron en la cárcel de Toledo. Por cierto que luego me preguntaba el juez: «Dígame el procesado: ¿por qué atan a ese hombre?» Y yo le contesté: «¿Le atan o le desatan?» Y, claro, me pusieron en la calle.

Rafael el «Gallo», fraile

—También se ha dicho—continúa el pintor gitano—que mis cuadros se parecen a los de Zurbarán. Tampoco conocía yo las obras de Zurbarán cuando empecé a pintar. Una vez pinté un claustro con varios monjes. Uno de ellos está con las manos unidas, pidiéndole perdón a otro. El fraile ese es calvo, y cuando expuse el cuadro me dijeron: «Ese fraile se parece al *Gallo*.» Yo no me había dado cuenta cuando le pinté; pero era el vivo retrato del torero *cañí*.

—¿Cuál es el pintor actual que más le gusta?

—Solana. Solana es un pintor muy desigual, y hasta, si usted quiere, está loco. Pero tiene muchos cuadros que quedarán. De los demás pintores que conozco, mejor es no hablar. Unos son unos cronistas, y otros, ni eso.

Si los «calés» lo supieran...

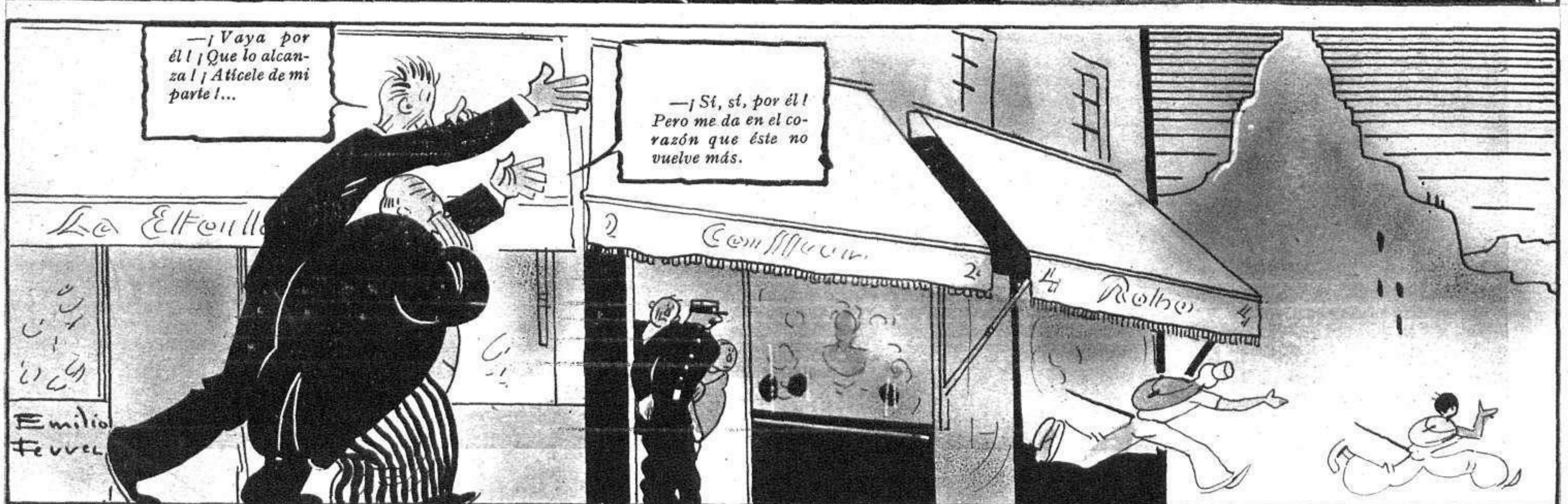
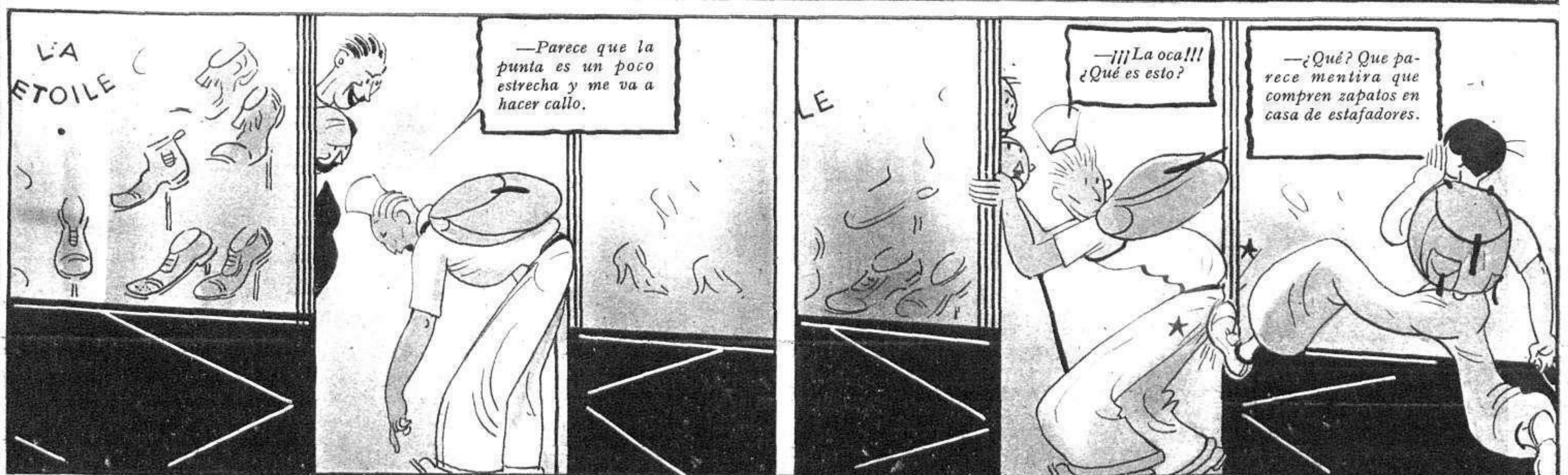
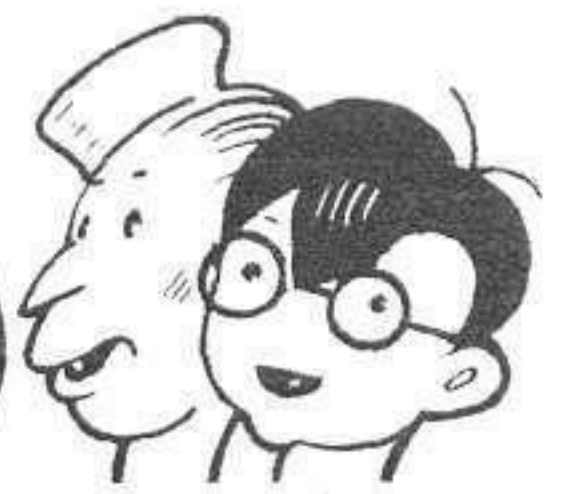
—¿Cómo le va a usted en París?

—Superior. Yo estoy en París; pero París no ha entrado en mí. Ya ve usted: yo sigo igual que cuando vine.

Pero eso no es verdad. Fabián de Castro conserva sus tufo gitanos, y hasta se permite el lujo vernáculo de ofrecer en su Estudio, a los amigos, alguna que otra fiesta de cante y baile flamenco. Pero se muere por los cigarrillos rubios y por el «Amer Picón». Si los gitanos supieran que Fabián de Castro fuma «cigarrillos de olor» y bebe menjurjes endemoniados, no se lo perdonarían nunca. Palabra.

ANTONIO OTERO SECO

LA VUELTA AL MUNDO de COLAS Y BARULLO



Acotaciones al margen de la lucha

EL ESPECULADOR

La escasez es tolerable. Las dificultades de abastecimiento, también. Al temple heroico de los que luchan en primera línea responde el Madrid de la retaguardia con un estoicismo, con una resignada serenidad admirable. Es la contribución de la población civil a la guerra. Nuestras mujeres madrugan hasta coincidir en las calles con las últimas estrellas, forman pacientemente en las «colas», esperan horas y horas su turno de provisión. Se ha hecho en la población civil una auténtica moral de guerra y se soportan con buen ánimo molestias y restricciones.

Todo está bien, y es lógica consecuencia de las circunstancias, que imponen sacrificios comunes. Pero no es aceptable que todas las dificultades, todos los sacrificios graviten exclusivamente sobre el consumidor, que aun en la nivelación de heroísmos callados y privaciones que la guerra impone, siga habiendo excepciones privilegiadas. Dicho en pocas palabras: todo el peso de los sacrificios en la retaguardia sigue gravitando sobre los consumidores, y el abastecedor, el intermediario, el vendedor continúa actuando como si la guerra no existiese; más aún: sacando de la guerra un lucro usurario. La guerra es, por tradición, el paraíso de los especuladores.

Pero no debe serlo en ésta, que es una guerra popular que hace el pueblo por sí mismo. No debe haber diferencias de castas ni jerarquías de clases.

En una guerra de otro tipo, el extranjero, convertido en abastecedor, hace su agosto. Es extraño a la contienda, y en ella no ve sino su negocio. Pero en esta lucha, los riesgos son comunes, y unos los intereses de todos: el comerciante y su cliente, el especulador y el consumidor corren idénticos riesgos, y la solidaridad ante el peligro debe incluir la solidaridad en el comercio, la distribución equitativa de los quebrantos económicos.

En Madrid, pese a las dramáticas circunstancias que vivimos, la guerra es un alegre negocio para los especuladores. El pueblo, después de soportar estoicamente in-

comodidades y riesgos, empieza a encontrarse con el obstáculo de los precios, verdaderamente prohibitivo, de los víveres. Se soportan las escaseces, se aceptaría sin pena el racionamiento; pero lo que no puede tolerarse es que la codicia imposibilite el abastecimiento popular.

Y a eso estamos llegando, hemos llegado ya. La ley de la oferta y la demanda regula el comercio universal. Pero la guerra tiene una ley superior: la de la necesidad. Esa manda por encima de los prejuicios tradicionales y de los intereses creados. El alza de precios es consecuencia fatal de la escasez. Pero cuando esa escasez obedece a una necesidad dramática como la de la guerra, la ley que se impone es la de esa misma necesidad común. En circunstancias excepcionales no hay ningún interés por encima del de la colectividad. Shylock, el mercader, especula con el trance apurado del prójimo. Cuando el prójimo es todo un pueblo, Shylock va a la cárcel, porque la sangre de todo un pueblo es demasiado moneda para contentar a un usurero.

El abastecimiento en momentos difíciles de una ciudad de más de un millón de almas es tarea gigantesca. A ella se dedican esfuerzos titánicos; a ella se consagran en la Mancha, en Valencia, en Cataluña millares de actividades generosas.

Y esos esfuerzos, esas generosidades de autoridades y pueblos, no deben estrellarse contra los bastiones que la codicia mercader levante en Madrid. Una coliflor que en huertas levantinas cuesta una treintena de céntimos, en Madrid se vende a cuatro y cinco pesetas.

Cotiza el vendedor los posibles riesgos del camino. Es decir, precisamente los riesgos que el vendedor no corre, y que no cotizan los transportistas, todos ellos aliados a una causa que les impone, como un sagrado deber, el peligro.

Y aun extremando la nota, supongamos que alguien fuera capaz de poner precio al riesgo que le supone traer víveres a Madrid. Eso no justificaría el precio usurario,

porque cada mujer, cada madre de familia madrileña, podría replicarle que ella también, cuando forma en las «colas» y transita por las calles buscando víveres para su prole, corre un riesgo auténtico, se expone a aumentar la trágica estadística de las víctimas inermes de la aviación.

A igualdad de riesgo, igualdad de sacrificios. Que no sea siempre Shylock el que dicta la ley. Si toda usura es repugnante, ninguna lo es tanto como la que especula con los necesitados y cobra a precio de sangre.

Madrid vive la guerra, sufre en su carne la guerra, da su vida para la guerra. Tiene bastante con el enemigo de fuera. El enemigo de dentro, que hay que contener y vencer, es al especulador, al que se aprovecha de las circunstancias para extraer de la carne viva del pueblo la tajada usuraria.

ALVARO REAL

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15

CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

A BUNDANCIA de amor, salud y riqueza por medio de la radiación cósmica. Pida informes: Utilidad, Apartado 159, Vigo (España).

ran tomando el tónico digestivo «Tesoro del Estómago».

L OS desarreglos intestinales y los ardores de estómago se cu-

TAQUIGRAFIA, por Martín Ez-tala. Redactada forma que hace innecesario profesor. Quinta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37. Madrid.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

EL DOLOR



NO HACE EITRAGO ALGUNO A LO QUE POR SABIA PRECAUCION TIENEN EN CASA UN FRASCO DE

CEREBRINO MANDRI

ESPECIALIDAD NACIONAL

USOS

Una cucharadita con agua UNA, DOS o TRES veces, vence todo dolor. El reumatismo febril cura tomándolo TRES o CUATRO veces, repartidas durante el día. En el dolor crónico, tomado en ayunas, OCHO o DIEZ días en cada mes.

Solicite prospecto al

LABORATORIO MANDRI

Provenza, 203
BARCELONA

ESCENAS DE LA RETAGUARDIA



Antes de salir para el frente, los milicianos charlan con los pequeñuelos, que infatigablemente les preguntan cosas de la guerra...

(Fot. Yubero y Benítez)

APOPLEJIA PARALISIS

Angina de pecho, Voz prematura y demás enfermedades originadas por la Arteriosclerosis o Hipertensión

Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: dolores de cabeza, ramos o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), indorria, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad, etc., desaparecen con rapidez usando Ruol. Es recomendado por eminencias médicas de varios países; suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2; Barcelona, Segalá, Rbla. Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América.



¿Quiere V. crecer 8 centímetros?

Lo conseguirá pronto a cualquier edad con el grandioso CRECEDOR RACIONAL. Procedimiento único que garantiza el aumento de talla y el desarrollo. Pida explicación, que remito gratis, y quedará convencido del maravilloso invento, última palabra de la ciencia. Dirigirse a don Joaquín Lloris, sucesor del Profesor Albert. Pl y Margall, 36, Valencia (España).

Conservas TREVIANO



LA MUJER COMBATIENTE

Esta muchacha, la antifascista alemana Lini Dunjes, es alférez del batallón Joven Guardia, y a pesar de estar herida en una mano, continúa luchando en su puesto en uno de los frentes del Centro

(Fot. Aibero y Segovia)